

GRAN SUPERFICION

ISAAC ASIMOV

LOS VIENTOS
DEL CAMBIO



Aunque autor de más de 270 libros hasta el presente, a Isaac Asimov se le ha reprochado en los últimos años haber dedicado su talento preferentemente a otras materias, dejando un poco de lado a la ciencia ficción. Para demostrar lo contrario, Asimov nos ofrece ahora un nuevo volumen de relatos de ciencia ficción *inéditos* en lengua castellana, el primero desde *El hombre bicentenario*, publicado en 1976.

En estos relatos se vigorizan con renovada savia todos los estilos cultivados por Asimov, desde el cuento ultra-ultra corto, apenas una página (*Acerca de nada*), hasta la más profunda recreación metafísica (*La última respuesta*), sin olvidar las habituales y magníficas muestras del cáustico humor del Maestro (*Creencia, Buen gusto*).

Una nueva muestra de lo mejor y más actual de la producción del autor de ciencia ficción más famoso del mundo.

*Dedicado a Dagmar Guarino y sus parodias de
G & S*

Introducción

¡Bien, aquí estamos de nuevo!

Después de tantas recopilaciones de relatos cortos de ciencia ficción como llevo publicadas, no parece que quede mucho por decir. Aunque..., sí, algunas cosas quedan. Así que voy a enumerarlas para evitar extenderme demasiado.

Uno. Supongo que debo mostrarme a la defensiva acerca de la perpetua acusación diciendo que ya no escribo ciencia ficción. Es cierto que ya no escribo sólo ciencia ficción, ni siquiera principalmente. Sin embargo, sigo haciéndolo. Si no me creen, observen por favor que de las veintinueve historias incluidas en este volumen, solamente dos fueron publicadas antes de 1976.

Dos. En algunas recopilaciones anteriores, he incluido las historias por orden cronológico, ya sea en el orden en que fueron escritas, o en el que fueron publicadas. Esta vez, a fin de variar, si no por otra causa, las incluyo aquí por orden alfabético.^[1]

Tres. Presentaré cada una de las historias con unas cuantas palabras que espero que el editor se tome la molestia de imprimir en un tipo de letra distinto, a fin que no se confundan con el texto de las historias en sí.

Bien, eso es todo. ¡Para que luego digan que soy demasiado prolijo!

Los caprichos del alfabeto sitúan la historia más corta del libro en su principio. No importa. Pueden ustedes leerla en un minuto y, si no les gusta, pueden tirar el libro a la basura. (Pero páguenlo primero, si no les importa).

Lo que ocurrió fue que allá en 1975 se me pidió que escribiera una historia de doscientas cincuenta palabras que cupiera en una tarjeta postal. La idea era editar «postales con historias», del mismo modo que se editan «postales con imágenes». Decidí complacer a los que me hicieron la solicitud (puesto que soy un tipo de lo más complaciente), y Acerca de nada fue el resultado.

No sé qué ocurrió con el proyecto. Probablemente fracasó. En cualquier caso, yo ofrecí Acerca de nada al Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (al que de aquí en adelante me referiré como Asimov's), y George Scithers, el director, condescendió graciosamente a considerar la historia con una sonrisa y a incluirla en el número de verano de 1977 de la revista.

Y aquí está ahora, en otra encarnación. Si no han visto ninguna antes, pueden gruñir en voz alta.

Acerca de nada

Toda la Tierra aguardaba a que el pequeño agujero negro la arrastrara hasta su fin. Había sido descubierto por el profesor Jerome Hieronymus a través del telescopio lunar en 2125, y a todas luces iba a acercarse lo suficiente como para crear una marea de destrucción total.

Toda la Tierra hizo testamento, y la gente lloró, los unos en los hombros de los otros, diciéndose «Adiós, adiós, adiós». Los maridos dijeron adiós a sus mujeres, los hermanos dijeron adiós a sus hermanas, los padres dijeron adiós a sus hijos, los amos dijeron adiós a sus mascotas, y los amantes se susurraron adiós al oído.

Sin embargo, a medida que el agujero negro se acercaba, Hieronymus notó que no había efecto gravitatorio. Lo estudió más atentamente y anunció, con una risita, que después de todo no se trataba en absoluto de un agujero negro.

—No es nada —dijo—. Simplemente un asteroide vulgar al que alguien pintó de negro.

Fue muerto por una multitud enfurecida, pero no por eso. Fue muerto tan sólo después que anunciara públicamente que iba a escribir una gran y emocionante obra acerca del episodio.

Dijo:

—La titularé *Mucho adiós acerca de nada*.

Toda la humanidad aplaudió su muerte.

Últimamente, y bastante a menudo, se me pide que escriba una historia de ciencia ficción que encaje con un tema en particular, y entonces es para mí un asunto de orgullo personal salir airoso del encargo, si su lado financiero encaja también conmigo.

En este caso en particular, una publicación dedicada a la tecnología de computadoras me dijo que deseaba dos mil quinientas palabras (porque según la tarifa por palabra que les sugerí, ese era el número de palabras que les permitía su presupuesto) acerca de una sociedad futura en la cual la incapacidad de utilizar la tecnología de las computadoras fuera el equivalente al analfabetismo en una sociedad anterior. Lo que sigue fue exactamente lo que obtuvieron. La historia fue escrita en abril de 1981.

Encajar perfectamente

Mientras deambulaba melancólicamente al azar por las calles de una nueva ciudad, Ian Bradstone se vio detenido por un enjambre de gente ante la puerta abierta de unos almacenes. Su primer impulso fue dar media vuelta y huir, pero no consiguió obligarse a sí mismo a hacerlo. La fascinación del horror lo arrastró, con relucencia, hacia el enjambre.

Su curiosidad debió transformar su rostro en un enorme signo de interrogación, puesto que alguien de la periferia le explicó amablemente de qué se trataba.

—Ajedrez Tres-D. Es un juego apasionante.

Bradstone sabía cómo funcionaba. Allí habría una media docena de personas conferenciando a cada movimiento, todos intentando derrotar a la computadora. Las posibilidades estaban siempre a favor de la computadora. Seis tableros puestos encima de otro tablero. Captó el insoportable brillo del gráfico y cerró los ojos contra él. Se apartó amargamente hacia un lado y observó una disposición provisional de ocho tableros colgados de ganchos, uno encima del otro.

Tableros ordinarios. Piezas de plástico.

—¡Eh! —dijo, con explosiva sorpresa.

El joven junto al multitabletero dijo, a la defensiva:

—No podemos acercarnos lo suficiente. Así que he preparado esto para que podamos seguir el juego. ¡Cuidado! No vaya a tirarlo todo.

—¿Es esta la posición en que se encuentran ahora?

—Sí. Los tipos llevan discutiendo más de diez minutos.

Bradstone miró ansiosamente la posición. Dijo, absorto:

—Si mueven la torre de beta-B-6 a delta-B-6, conseguirán tener la ventaja de su lado.

El joven estudió los tableros.

—¿Está seguro?

—Naturalmente que estoy seguro. No importa lo que haga la computadora, deberá perder un movimiento para proteger su reina.

Más estudio. El joven gritó:

—¡Eh, los de ahí dentro! Aquí hay un tipo que dice que deberían hacer saltar la torre dos niveles hacia arriba.

Hubo un suspiro colectivo del grupo en el interior. Una voz dijo:

—Yo estaba pensando eso precisamente.

Otro dijo:

—Ya lo tengo. Eso deja a la reina con la potencialidad de la vulnerabilidad. No lo había visto. —El propietario de esta segunda voz se volvió—. ¡Eh, usted, el que hizo la sugerencia! ¿Quiere tener el honor? ¿Quiere pulsar el movimiento?

Bradstone retrocedió, el rostro contorsionado en un absoluto horror.

—No..., no..., yo no juego.

Se dio la vuelta y se apresuró a alejarse.

Tenía hambre. Periódicamente, tenía hambre.

Ocasionalmente, se encontraba con puestos de fruta del tipo que instalaban los pequeños comerciantes que encontraban algún espacio olvidado en los intersticios de una economía computarizada por completo. Si era cuidadoso, Bradstone podía marcharse con una manzana o una naranja.

Era algo aterrador. Siempre existía la posibilidad de ser descubierto, y se le exigiría que pagara. Tenía el dinero, por supuesto —habían sido muy amables con él—, pero ¿cómo podía pagar?

Y sin embargo cada día, al menos una docena de veces, tenía que someterse a una transferencia de crédito, utilizando su tarjeta de efectivo. Eso significaba incontables humillaciones.

Se dio cuenta que estaba parado delante de un restaurante. Probablemente, era el olor de la comida lo que le había recordado que estaba hambriento.

Atisbó cautelosamente por la ventana. Había gente comiendo. Demasiada. Ya era bastante malo con una o dos personas. No podía convertirse en el centro de atención de hordas de escrutadores y compasivos ojos.

Se dio la vuelta, sintiendo gruñir su estómago, y vio que no era el único que estaba mirando por la ventana. Un muchacho estaba haciendo lo mismo. Tendría unos diez años, y no parecía particularmente hambriento.

Bradstone intentó adoptar un tono afable.

—Hola, muchacho. ¿Hay hambre?

El muchacho lo miró con suspicacia y se echó a un lado.

—¡No!

Bradstone no hizo ningún movimiento por acercársele. Si lo hacía, seguro que el muchacho echaría a correr. Dijo:

—Apuesto a que eres lo suficientemente mayor como para pedir por ti mismo. Puedes entrar ahí y pedir una hamburguesa o cualquier otra cosa, estoy seguro.

El orgullo dominó a la suspicacia.

—¡Seguro! —dijo el muchacho—. ¡En cualquier momento!

—Pero no tienes una tarjeta propia, ¿verdad? De modo que no puedes completar tu orden. ¿No es cierto?

El muchacho lo miró cautelosamente con sus ojos marrones. Iba bien vestido, y su aspecto era el de alguien astuto e inteligente.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Bradstone—. Yo tengo una tarjeta; puedes usarla para pedir. Pide para ti una hamburguesa o cualquier otra cosa que te apetezca. Escoge tú mismo. Y también puedes pedir algo para mí. Un

buen bistec, una patata asada, un zumo de fruta y un poco de café. Y dos trozos de tarta de manzana. Uno para ti.

—Tengo que ir a comer a casa —dijo el muchacho.

—¡Oh, vamos! Le ahorrarás a tu padre unas cuantas monedas. Estoy seguro que aquí te conocen.

—Claro, comemos aquí muy a menudo.

—Entonces ya está. Come aquí una vez más. Sólo que esta vez tú manejarás la tarjeta. Tú harás la selección..., como un chico mayor. Adelante. Pasa tú primero.

Notó una sensación tensa en la boca del estómago. Lo que estaba haciendo tenía un perfecto sentido para él, y no le causaría el menor daño al muchacho. Pero cualquiera que estuviera observando podía llegar a una horrible y completamente equivocada conclusión.

Bradstone podía explicarlo si se presentaba la ocasión, pero cuán humillante sería que todo el mundo viera que tenía que utilizar a un muchacho para que hiciera por él algo que él no podía hacer por sí mismo.

El muchacho dudó, pero finalmente entró en el restaurante, y Bradstone le siguió, manteniendo una prudente distancia. El muchacho se sentó en una mesa del fondo, y Bradstone ocupó un asiento al otro lado.

El hombre sonrió y le tendió su tarjeta. Esta hacía que las manos le picaran desagradablemente —como siempre, aquellos días—, y se sintió aliviado cuando el muchacho la tomó. Tenía un brillo duro y metálico que hacía que le hormiguearan los músculos de alrededor de los ojos. No podía soportar mirarla directamente.

—Adelante, muchacho. Haz la selección —dijo en voz baja—. Lo que tú quieras.

El chico no había mentido. Podía manejar perfectamente la pequeña terminal de la computadora, sus dedos parecían aletear sobre los controles.

—Un bistec para usted, señor. Una patata asada. Un zumo de fruta. Tarta de manzana. Café. ¿Desea una ensalada, señor? —Su voz había adoptado un tono confuso de «ya

soy mayor»—. Mi mamá siempre pide ensalada, pero a mí no me gusta.

—Creo que la probaré. Una ensalada mixta. ¿Tienen? Aliñada con vinagre. ¿Tienen también? ¿Lo encuentras?

—No veo el vin..., lo que sea. Quizá sea esto.

Bradstone terminó encontrándose con un aliño francés para la ensalada, pero también estaba bueno.

El muchacho insertó la tarjeta con una soltura y una habilidad que despertaron una amarga envidia en Bradstone, aunque imaginarse a sí mismo realizando aquel mismo acto hizo que su estómago se contrajera.

El muchacho le tendió de vuelta la tarjeta.

—Espero que tenga usted suficiente dinero —dijo, dándose importancia.

—¿Has visto la cifra total? —preguntó Bradstone.

—Oh, no. Se supone que no debes mirarla; eso es lo que dice papá. Quiero decir que si tu tarjeta no es rechazada, entonces es que tienes suficiente dinero para la comida.

Bradstone reprimió un sentimiento de decepción. Él no podía leer las cifras, y no se atrevía a preguntar a los demás. Finalmente iba a tener que acudir a un banco e inventar alguna forma de conseguir que se lo dijeran.

Intentó entablar una conversación.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Reginald.

—¿Qué estás estudiando en casa, Reggie?

—Principalmente aritmética, porque papá dice que tengo que hacerlo, y dinosaurios, porque me gusta. Papá dice que si me porto bien con la aritmética podré dedicarme a los dinosaurios también. Puedo programar mi computadora a fin de obtener los gráficos de los movimientos del dinosaurio. ¿Sabe usted cómo camina un brontosaurio por tierra firme? Tiene que equilibrar el cuello de tal modo que el centro de gravedad quede entre sus caderas. Mantiene la cabeza erguida muy alta, como una jirafa, excepto cuando

está en el agua. Entonces... Ah, ahí está mi hamburguesa. Y lo suyo también.

Todo lo pedido avanzó por la cinta rodante y se detuvo exactamente en el lugar apropiado.

La idea de una comida completa sin humillación ahogó la añoranza de Bradstone por poder manipular una computadora en libre búsqueda de información.

Reginald dijo, educadamente:

—Iré a comerme mi hamburguesa a la barra, señor.

—Espero que te guste, Reggie —dijo Bradstone, agitando una mano.

Ya no le necesitaba, y se sentía aliviado porque se fuera. Alguien de la cocina, indudablemente el técnico de Mantenimiento de Computadoras, había salido, e inició una amistosa conversación con Reginald, lo cual también era un alivio.

No había duda alguna acerca de su profesión. Uno siempre podía descubrir a un Mant-Comp por su indolente aire de importancia, y porque daba la sensación de ser consciente que el mundo descansaba sobre sus hombros.

Pero Bradstone estaba concentrado en su comida, la primera auténtica comida que disfrutaba en un mes.

No fue hasta después de haber terminado —haber terminado completamente, tras tomarse todo el tiempo necesario— cuando estudió de nuevo su entorno. El muchacho hacía rato que se había ido. Bradstone pensó tristemente que él, al menos, no había demostrado piedad, condescendencia, protección. No era lo bastante mayor para encontrar extraño todo el asunto; se había concentrado únicamente en la idea que ya era lo bastante mayor para ser capaz de manejar la terminal de la computadora.

¡Lo bastante mayor!

El lugar no estaba muy lleno ahora. El Mant-Comp se hallaba todavía detrás de la barra, presumiblemente estu-

diando el cableado de la computarización.

Era la ocupación más importante de los tecnólogos virtualmente en todo el mundo, pensó Bradstone con una punzada de dolor; siempre programando, reprogramando, ajustando, comprobando las diminutas corrientes eléctricas que controlaban el trabajo del mundo para todos... Para casi todos.

La confortable sensación de calor interno producida por un excelente bistec agitó la sensación de rebeldía dentro de Bradstone. ¿Por qué no actuar? ¿Por qué no hacer algo respecto a todo aquello?

Captó la mirada del Mant-Comp y dijo, aparentando una indiferencia que sonó falsa incluso en sus propios oídos:

—Oiga, amigo, supongo que habrá abogados en esta ciudad.

—Supone bien.

—¿Puede sugerirme alguno que sea bueno y que no esté excesivamente lejos?

—Encontrará usted una guía profesional de la ciudad en la oficina postal —dijo el Mant-Comp educadamente—. Sólo necesita teclear «abogados».

—Me refiero a uno bueno. Un tipo listo. Causas perdidas. Cosas así.

Se echó a reír, confiando en arrancarle al menos una sonrisa al otro.

No lo consiguió.

—Todos están descritos allí —dijo el Mant-Comp—. Liste sus necesidades, y obtendrá usted evaluaciones, edades, domicilios, honorarios, antecedentes. Encontrará cualquier cosa que desee, si pulsa las teclas adecuadas. Y funciona. Lo revisé la semana pasada.

—Mire, no es eso lo que deseo, amigo. —La sugerencia de pulsar las teclas adecuadas había despertado el habitual estremecimiento en su espina dorsal—. Desearía su recomendación personal, ¿entiende?

El Mant-Comp agitó la cabeza.

—Yo no soy una guía profesional.

—Maldita sea —dijo Bradstone—. ¿Qué es lo que pasa? Dígame un abogado. Cualquier abogado. ¿Acaso hay alguna ley que prohíba saber algo sin necesidad de tener que recurrir a una computadora?

—Utilizar la guía profesional cuesta diez centavos. Si tiene usted más de diez centavos registrados en su tarjeta, ¿cuál es su problema? ¿No sabe utilizar su tarjeta? ¿O acaso es usted...? —Sus ojos se abrieron enormemente ante la brusca comprensión—. Oh..., demonios... ¡Por eso hizo que Reggie pidiera la comida por usted! Escuche, yo no sabía...

Bradstone retrocedió. Se dio la vuelta para echar a correr fuera de aquel lugar, y casi chocó contra un hombre grueso, de tez rubicunda y cráneo casi calvo.

El hombre grueso dijo suavemente:

—Un momento, por favor. ¿No es usted la persona que le compró una hamburguesa a mi hijo hace un rato?

Bradstone vaciló, luego asintió, notando la boca seca.

—Me gustaría pagársela. Todo está bien, no se preocupe. Sé quién es. Yo manejaré su tarjeta por usted.

El Mant-Comp intervino rápidamente:

—Si desea un abogado, amigo, el señor Gold es abogado.

El repentino interés que afloró a los ojos de Bradstone se hizo evidente al momento.

—Soy abogado, si es que anda buscando uno —dijo Gold—. Así es como supe de usted. Seguí su caso con dolorosa atención, se lo aseguro, y cuando Reggie llegó a casa con la historia que ya había comido y había manejado él la computadora, supuse quién podía ser usted por su descripción. Y al entrar le reconocí, por supuesto.

—¿Podemos hablar en privado? —dijo Bradstone.

—Mi casa está a cinco minutos de aquí, a pie.